

es *El sentido común y la guerra*, una de las diatribas más violentas que se escribieron contra la Gran Bretaña como causante del desastre europeo. Al propio Ramsay Mac Donald, que fué extremadamente hostil a la guerra, le costó su actitud el ser derrotado en las elecciones de 1918, y muchos creyeron que allí acababa su carrera política. Snowden, hoy ministro de Hacienda, perdió entonces también su acta de diputado. Fué una mala hora para los internacionalistas y pacifistas, que muchos nacionalistas y belicófilos imaginaron eterna. Nadie, por audaz profeta que fuese, suponía entonces que los acorralados en aquel momento por las jaurías pululantes de la victoria serían, a los cinco años, los gobernantes de Inglaterra. Ironías históricas. Citemos, en fin, el caso de Trevelyan, hoy ministro de Instrucción, antiguo liberal y feroz adversario, durante la guerra, del servicio obligatorio.

Fabianos, internacionalistas y pacifistas, es decir, intelectuales; es decir, hombres que quieren ordenar el mundo por la sensibilidad y la razón, no por medio de ningún anacrónico apostolado de la violencia insensible e irracional: tales son los verdaderos directores del Gobierno laborista, los que le imprimen sello y le marcarán la senda, secundados por sus compañeros, los otros ministros de genuina procedencia obrera. Y los que piensen que ese Gobierno no podrá hacer nada no sólo por estar en minoría en el Parlamento, sino por su inexperiencia, se equivocan. Expertísimo político es Haldane; ministros fueron durante la guerra Hendersen y Clyne, hoy de Gobernación y lord del Sello privado, respectivamente; Thomas era del Consejo privado del Rey, lo que equivale a categoría y funciones de ministro; virrey de la India ha sido, entre otras cosas públicas importantes, lord Chelmsford, ahora ministro de Marina, y la gran sorpresa del nuevo Gabinete; altos cargos había desempeñado Trevelyan con los liberales; y Sidney Webb, aunque no ha sido ministro hasta ahora y diputado sólo hasta las penúltimas elecciones, sabe de ciencias políticas más que todos los ex-ministros conservadores y liberales juntos.

En cuanto a la minoría parlamentaria del Gobierno laborista, no hay que fiarse mucho en política de los números. Pocas veces habrá habido, de hecho, en Inglaterra, un Gabinete tan poderoso por sus personalidades y por imperio de las circunstancias. Los liberales y conservadores se cuidarán bien de derribarle por ninguna futesa. Una crisis provocada a destiempo y unas probables elecciones subsiguientes darían al laborismo en las urnas

una fuerza mucho mayor que la actual, acaso una mayoría parlamentaria, lo que sería terrorífico para los viejos partidos históricos. No; no cometerán esa imprudencia. Además, tanto a liberales como a conservadores les conviene que los laboristas pacifiquen definitivamente a Europa, reconociendo a Rusia, buscando un pacto razonable con Alemania, incorporando ambos países a la Sociedad de Naciones, y democratizando ésta radicalmente. Ni los liberales ni los conser-

vadores han tenido autoridad para establecer en Europa una política francamente pacifista. Esa autoridad no la tienen más que los que se opusieron a la guerra y al Tratado de Versalles: los intelectuales del laborismo. Su tarea es, pues, larga, y a todos los partidos ingleses interesa que la cumpla. En suma: que hay Gobierno laborista paro rato, aunque los belicosos no quieran.

LUIS ARAQUISTAIN

(La Voz, Madrid).

## El artífice de la paz

HUBO un momento en que un profesor de Derecho, jefe de una democracia industrial y pacífica, puso la ley a los emperadores de Europa, *basileos* de los pueblos guerreros. Este espectáculo histórico desacostumbrado, que fué dado contemplar a los hombres de esta generación, tuvo por protagonista a Woodrow Wilson. El profesor hizo más. Negó beligerancia a los emperadores y obligó a los pueblos a despedirlos.

En el improvisado juicio de los muertos que se abre al borde de las tumbas en la forma abreviada de las necrologías, se escriben acerca de Wilson juicios diferentes. ¿Fué un idealista incorregible, utopista de una noble utopía? Los más observadores emiten sus dudas. En el largo proceso por el cual pasaron los Estados Unidos de la neutralidad a la intervención se advierte una prudencia utilitaria. Los Estados Unidos entraron en la guerra cuando ya los dos grandes bandos de Europa estaban maduros para la paz. Entraron así con el mínimo de riesgo y el máximo de beneficio, sumando a las ganancias de la paz la de la guerra. Ganancia moral esta última que consistía en el predominio fatal del beligerante de refresco sobre los combatientes fatigados. ¿Fué esto cálculo político o resultado espontáneo de las circunstancias? Mover a la guerra a una democracia lejana espiritual y materialmente de Europa era obra lenta, que había de producir ese resultado, favorable para los Estados Unidos, dañoso para Europa, de la intervención en el último acto del drama.

La Sociedad de Naciones será la gloria de Wilson, aunque ese Anfictionado no pase de un nuevo ensayo de *Comitas gentium* ordenada según el Derecho. Wilson, como político, olvidó, empero, que un tratado de paz es el último acto de la guerra. Un tratado que ha de cumplirse a largos plazos es un semillero de discordia. El instinto defensivo y el ofensivo se des-

piertan fatalmente en los pueblos vencidos cuando pasa el aplanamiento inmediato a la derrota. Wilson, profesor de Derecho, no era profesor de Psicología.

La paz firmada en Berlín hubiera sido más estable. El pueblo alemán no estaba convencido de su derrota. Desesperado de la victoria militar, creyó conseguir una victoria diplomática al aceptar los catorce puntos de Wilson. Por eso, dando una muestra de sentido político, despidió a sus Hohenzollern y a sus Ludendorff, a reserva de volver a llamarlos. Salsa de la guerra con su *utillage* intacto. Rendir las armas era un sacrificio de amor propio; pero seguían las fábricas para labrarlas de nuevo cuando llegase la hora.

Después de haber dictado a Europa una paz que era una caja de Pandora, los Estados Unidos dijeron: «Ahí queda eso». Wilson y Lloyd George han sido tan dañosos para los alemanes de amigos como lo fueron de enemigos. Los catorce puntos y la política inglesa de última hora respecto a las reparaciones alentaron allende el Rhin esperanzas que han traído la evaporación del marco. Una derrota clara, material, contundente, hubiera sido mejor para la economía y la moral de Alemania.

ANDRENIO

(La Voz, Madrid).

